

Secreto y Poder

Rafael Herrera Guillén

A propósito de MIGUEL CATALÁN, *Anatomía del secreto*, del Taller de Mario Muchnik, Madrid, 2008.

Este libro constituye la tercera parte de un proyecto más vasto del autor que, bajo el título general de «Seudología», indaga y analiza el sentido de la mentira y del engaño en la conformación de la sociedad, de la individualidad y del poder.

En el primer ensayo de este proyecto original y atípico en el panorama intelectual español que representa Seudología, titulado *El prestigio de la lejanía. Ilusión, autoengaño y utopía* (Ronsell, 2004) Catalán estudiaba el sentido del autoengaño. Este trabajo le valió el Premio de Ensayo Juan Gil-Albert en 1998 como inédito, y el mismo año de su publicación, obtuvo el reconocimiento del Premio de la Crítica Valenciana.

La segunda parte de Seudología apareció bajo el título de *Antropología de la mentira* (del Taller de Mario Muchnik, 2005), que fue galardonado en 2001 con el Premio de Ensayo Alfons el Magnànim. Este libro desarrolla la idea del engaño como estrategia humana de neutralización y control de los poderes divinos y nouménicos para abrir la brecha de la liberación de su dominio sobre los hombres.

Y por último hasta la fecha, aparece el libro que va a centrar esta reseña: *Anatomía del secreto*. Este tercer volumen de la Seudología presenta pormenorizadamente la dialéctica interior-exterior, secreto-público, público-privado desde su función en el mito de Prometeo, para mostrar que el engaño constituye una herramienta permanente en el hombre para «sustraerse a la tutela indeseada de sus semejantes» (p. 9). Pues bien, esta tercera parte de su investigación general fue merecedora, como las dos anteriores, de un galardón, en este caso el Premio Gil-Albert de 2007.

Como puede observarse ya, el trabajo de este profesor de Ética de la Comunicación de la Herrera-CEU de Valencia, viene acreditado por una serie de galardones concedidos por la crítica que, en su continuidad, no pueden

ser flor de un día o resultado de una inspiración pasajera, sino que, como revela la continuidad del esfuerzo de Catalán, estamos ante un proyecto serio e interesante en la ensayística española, cuyos frutos se van desgranando, y todavía promete nuevas entregas, tal y como nos promete el mismo autor en el prefacio del libro: «En posteriores volúmenes nos ocuparemos del secreto compartido, incluyendo la comunicación entre iniciados en sociedades secretas y sus necesarios correlatos de confidencia y traición.»

Uno de los ejes fundamentales del libro es el análisis de la relación entre secreto y norma social. A través del mito de Prometo, desde su narración mítica clásica hasta su reelaboración moderna por Goethe, Catalán muestra que una actitud o un saber extra-ordinario, es decir, fuera de la norma social, del orden y de la orden, impulsa a la comunidad a expulsarlo como secreto, en la medida en que lo secreto es identificado como lo peligroso para la supervivencia, o, en su límite, como enseña el mito, como lo teológicamente decisivo para la supervivencia común. Pues bien, la misma tradición republicana romana, estaba pensada para que el ciudadano vertiera en lo público su intimidad. En tal sentido, lo político se estructura sobre un vaciamiento del ciudadano, cuyo deber moral se expresa en lo pública sin restricciones privadas.

Esta interpretación, mucho más compleja e histórica y literariamente muy bien trabada en el libro, tiene su heredero en el contexto actual. La expulsión de lo excepcional se expresa en la relación entre secreto y norma social tal y como lo hemos aprendido en la antigüedad. Ahora bien, existe una línea de continuidad entre esta estructura del decir y el ser público (clásico y moderno) con las formas de la tolerancia posmoderna. La apertura social y la presunta libertad plural contemporáneas están construidas sobre formas de expiación de la culpa. Así, por ejemplo, señala Catalán, sucede con la homosexualidad. La tolerancia posmoderna actúa en relación a ella forzando a la expresividad pública de una condición sexual privada. El modo de su expresión social es idéntico con las formas de confesión pública inquisitorial de la culpa del pecador. Es un auto de fe en el que se purga la sociedad misma a través de la expiación de una culpa dibujada ahora como intimidad excepcional compartida.

Todo este entramado entre lo público y lo privado hace que las líneas entre dominio y libertad se difuminen permanentemente. El yo, la personalidad, desde su anclaje mítico hasta su expresión contemporánea en la publicidad, se va entretejiendo en una dialéctica especular entre la mentira y la adecuación social, entre apariencia y realidad esquivas. Pero en cierto modo, no puede ser de otro modo. El autor mismo señala que esta dinámica constituye una evidencia antropológica. La libertad es un asunto demasiado moderno, como la privacidad. Desde un punto de vista más profundo, es evidente que las necesidades de supervivencia del sujeto siempre han dependido de su adecuación a un determinado contexto gregario. Ahora bien, aquí no puede terminar la

antropología que va diseñando Catalán. De hecho, el capítulo 3 es un estudio sobre las formas de distanciamiento individual respecto de la horda. Existen en el ser humano pulsiones de escisión, que resultan funcionalmente muy operativas para la comunidad. En el fondo, y aunque éste no es un objetivo del libro, se expresa aquí una afinidad electiva con ciertos argumentos de la antropología liberal, respecto a la funcionalidad social de las fuerzas privadas. Ahora bien, Catalán, muy hábilmente, centra su interés en las consecuencias problemáticas de esta funcionalidad pública de las energías privadas. En este sentido, indaga la naturaleza del crimen, entendido como acción que, atentando contra la normatividad de la sociedad, sirve como una acción salvadora del sujeto privado. Así, no sólo existe una suerte de beneficio casi inmediato para la sociedad de las pulsiones privadas de sus miembros. Existe también un peligro permanente tanto para la convivencia, causada por la ruptura de las normas, como para el sujeto, que debe romperlas en el secreto cuando se encuentra en un momento de necesidad existencial inaplazable.

El derecho a la vida, tanto de la sociedad como de cada individuo, impulsa esta dialéctica llena de peligros, no sólo de beneficios. Pues bien, una de las ideas más interesantes del autor de *Anatomía del secreto* es que existe un término medio entre lo público y lo privado, entre el dios de la grey y el dios del sujeto, a saber: la discreción. El discreto elude el peligro de la verdad, pero sin caer por ello en la mentira. Del mismo modo que se puede matar en defensa propia, se puede mentir sin atentar contra la verdad cuando está en riesgo el propio honor. Sin embargo, el camino salvífico de la discreción es muy delicado. De hecho, el Estado y toda la estructura del poder contemporánea, contienen una voluntad de omnisciencia, que a menudo estrechan demasiado el cerco al sujeto para posibilitar las salidas salvíficas de la discreción. En este punto, son muy reveladoras las páginas sobre el panóptico. En «la peculiar combinación de soledad absoluta y de absoluta falta de intimidad» (281) se rebela, a mi modo de ver, una de las metáforas de la contemporaneidad más perspicaces de todo el libro. De hecho, no es en absoluto una casualidad que este sueño de control social determinara la subjetividad de uno de los padres del moderno liberalismo, Bentham, sobre cuyas fantasías egocéntricas ha construido Catalán una suerte de contradicción subjetiva paradigmática para el hombre moderno, que, ahíto de libertad privada, tiene idénticas pulsiones de control del peligro, finalmente incompatibles con la cohesión de una subjetividad no narcisista.

El libro, desde luego, contiene muchos más secretos de cuantos revela esta reseña. El lector, desde ese panóptico que se dibuja en la apertura de un libro hacia la mirada, hará bien si se decide a expurgarlos.

